**MARCELO MARMER**

**ENCIERROS INVOLUNTARIOS**

**Editorial Paradiso**

**El volumen de los cuerpos**

Nadie lo obligaba a trabajar. Alex, era el menor de los

cinco hermanos de la familia Cachés. su padre, el médico

pediatra más prestigioso de Bella vista, había pasado los

setenta y ya atendía pocos enfermos, se lo consultaba sólo

para los casos graves y hacía un par de años, el bienestar

algo desajustado que vivían los Cachés devino en un riguroso

control del dinero.

Descontando la decisión de trabajar, pocas veces Alex

tuvo que asumir una posición personal ante las contingencias,

se dejaba guiar por lo que consideraba una obligación.

Fue por ello que ya en plena madurez, cuando era un hombre

de poco más de cuarenta años, dejó asombrados a quienes

lo conocían como un funcionario incapaz de alterar las convenciones.

a los 18 años Alex ingresó como meritorio en un juzgado

del fuero criminal. Faltaba poco tiempo para el mundial

de fútbol de 1978. su tío Jorge hacía gala de su encumbrado

apellido y de su ascenso a General de la nación ante lo

que iría a pedir: “Me lo trata como a un soldadito, hasta

tiene la edad de un conscripto”, le dijo al titular del Juzgado

que le daría trabajo a Alex. el juez entendió sus palabras,

no hacía falta aclaración, el Fuero Penal tenía en esos años

los valores del ejército, sus normas, sus jerarquías, y a

veces hasta sus armas.

En agradecimiento, el tío Jorge y su familia fueron invitados

a una cena que coincidió con la celebración de Pascua.

196

Alex llegaba algo apretado a los exámenes de la carrera

de Derecho pero no desaprobaba y cumplía a gusto con su

trabajo. el viaje desde Bella vista, lo tenía resuelto: el

secretario de un juzgado del mismo piso del Palacio de

Justicia, vivía a pocas cuadras de su casa ubicada en tres

sargentos y san lorenzo.

cuando comenzó el segundo año de la carrera, murió

su padre. el doctor Alejandro Cachés venía flojo del corazón,

había adelgazado y se agitaba cuando caminaba.

tratándose de su salud, no era de cuidarse. Había tomado

sus wiskis, unos cigarrillos en exceso y consultaba poco al

médico, para qué si él ya lo era, solía decir.

el detonante de su infarto bien pudo ser lo que le contó

a Alex cuando volvió de la iglesia aquel domingo fatal.

como hijo de coronel, don Alejandro o el doc como le

decían en el barrio, era anticomunista; él no sabía muy

bien de qué no era anti, sin embargo esto no lo hacía insensible,

era más bien su manera de estar por fuera de algunos

asuntos, consigna que no se cansaba de aconsejar a sus

hijos y ante la que él mismo se rebeló hacia el final de su

vida.

cuando contaba con cinco años de médico, trabajó en

lo que más le interesaba: los niños desnutridos. Desde 1900

había en el país campañas para escolares como la del

médico Genaro Sixto, quien logró instalar el primer servicio

de “copa de leche” en 1906 que los colegios debían ofrecer

a los alumnos, lo que no sólo mejoró su alimentación, sino

que dio muestras de la importancia que las autoridades

daban al tema y acercó a los médicos a otros campos de

acción que el hospital o el consultorio.

197

en mayo de 1938, poco antes de la experiencia de don

Alejandro, por iniciativa del senador Alfredo Palacios se

sancionó una ley que contemplaría comedores escolares en

todo el país con ayuda alimentaria que incorporaba a la

“copa de leche” el alimento sólido que la ley escribía como

“miga de pan”.

Alejandro ya era un joven pediatra de treinta años cuando

un ex compañero de la facultad lo convenció para ir a

tucumán a atender enfermos de Kwashiorkor, un tipo de

desnutrición; en San Luis, su provincia natal, también existía

ese grave problema de desnutrición, pero “es más fácil ver

el problema fuera de casa”, reflexionó luego de unos años.

Hubiera preferido que su padre no interviniera del modo

en que lo hizo. ajeno al espíritu sAnador de su hijo médico,

lo alentaba e instigaba a aquello como a una aventura, esa

marca personal que solía ostentar cuando relataba que antes

de su destino como militar a la provincia de san luis, se

reunió con un grupo de jóvenes de aquellas “mejores familias”

en la confitería París de Buenos aires, y decidieron

armarse en defensa propia, y por la patria, contra los obreros

de los galpones Vasena que estaban en huelga.

los jóvenes médicos se instalaron junto a una enfermera

en un caserío de El sacrificio, cerca del río Marapa. allí

armaron una tienda de campaña de la Dirección General

de asistencia social.

en poblados como el sacrificio no todos los niños iban

a la escuela, de ahí que la ley de comedores escolares no

los alcanzaba.

Cachés vio y comió la maldición del alimento escaso;

se propuso que comería sólo una vez que el hambre fuera

hambre, como el de los vecinos de su tienda de campaña.

198

cocinó durante días con las mujeres, casi todas nietas de

indios: “más pollo, huevos y carne de la pesca del dorado,

menos papa y maíz”, creía enseñarles, aunque no siempre

lo lograba. Primero tenía que gAnarse su confianza, el hombre

blanco había traicionado a los indios Juríes de la región,

y también la naturaleza hacía lo suyo como para desalentar

sus consejos, en tiempos de sequía el insuficiente oxígeno

del agua no deja peces vivos y por otro lado si el río sube

mucho, inunda el sacrificio. no había más remedio que

esperar a que creciera papa y maíz; para no agotar la fauna

del río, la pesca se hacía en turnos entre los pobladores. la

mayoría de los hombres trabajaban en la zafra más cercAna

cortando cañas de azúcar y se ausentaban por semAnas.

el doctor Cachés se alejó antes de que se cumplieran

cerca de seis meses de su llegada a el sacrificio. no es

que su labor hubiera tenido malos resultados, el diario de

Tucumán ponderaba lo que “jóvenes médicos entregaron,

sus propios conocimientos, su vocación, y su propia vida

alejada de todo bienestar”, a la vez que se formaron nuevos

equipos de trabajo en otras regiones que, al igual que en

el sacrificio, debieron interrumpir al tiempo su trabajo,

por la falta de apoyo de las autoridades.

lo cierto es que algo que no había visto antes lo impresionó

de tal manera que nunca lo pudo dejar atrás, aun

ocultándolo todo lo que fuese posible. el primer día en el

sacrificio vio morir a una madre que acababa de parir en

estado de desnutrición (en realidad acababa de morir cuando

él llegó, pero se le imponía viva; de haber llegado un día

antes podría haberla visto con vida, sin proponérselo la

vivificaba, su pensamiento podía más que la materialidad,

199

según contó años después); su hija recién nacida la sobrevivió

unas horas (a la niña sí la vio morir).

Ya no era sólo el alimento en sí su preocupación sino

de qué manera los hombres decidían qué hacer con él, quién

viviría y quién no.

Pese a que su padre era un militar conservador, Alejandro

Cachés participó de reuniones con médicos y maestros de

pensamiento socialista, siempre le había interesado la inclinación

de los socialistas a la educación popular.

también lo entusiasmó el peronismo, pero se sintió

decepcionado cuando se intervinieron las universidades y

docentes amigos tuvieron que dejar sus cargos. Ya en los

sesenta, se dejó convencer por los militares en la defensa

de cada golpe de estado pero luego se desengañó.

Más tarde y durante mucho tiempo, su intolerancia a

los matices y quizás la falta de convicción ante tensiones

muy íntimas como las acciones de dudoso patriotismo de

militares de su familia –según le contara su padre cuando

se armaron contra los huelguistas de la fábrica Vasena–

hicieron que lo político quedara alejado de él y aparentaba

estar cómodo cuando se lo veía oponerse a cualquier asunto.

sin embargo, el gobierno militar que arrancó cuando

su hijo Alex comenzaba sus estudios universitarios, devino

en obsesión inusitada.

…

siendo un niño, Alex espiaba una fotografía de una

madre y sus hijos con panzas voluminosas, junto a un

recorte del diario la Gaceta que mostraba a su padre, el

doctor Alejandro Cachés, auscultando el pecho de un chi-

200

quito con Kwashiorkor. su padre evitaba el tema, el recuerdo

estaba teñido de dolor. en lo personal, Alex se veía reflejado

en esa imagen de un niño que bien podía tener su edad.

cuanto más miedo le daba la fotografía, más la merodeaba.

curiosamente la imagen estaba guardada junto a otros

recuerdos de esa época del joven médico en una caja, ya

no tan blanca, de bombones elite.

Poco tiempo después de que cumpliera nueve años,

Alex –que llegó a esconder la caja entre sus cosas, envuelta

en miedo– la llevó al colegio para mostrarla a sus compañeros.

no le creían que los chicos desnutridos “parecen

gordos y tienen piernas flacas como teros”. como el pequeño

Alex, todos se estremecieron ante la caja de bombones

una vez abierta. Hasta qué punto un niño puede parecerse

a un monstruo, comentó un tal Luisito, el más impresionado.

Alex respondió con palabras de su padre, aunque no supiera

el verdadero significado hasta muchos años después: “los

verdaderos monstruos no se muestran como lo que son”.

Alex recién alcanzaba la mayoría de edad cuando en

marzo de 1976 aparecieron, en la costa uruguaya, cuerpos

humanos hinchados cuya imagen se asemejaba llamativamente

a la de los niños en estado de desnutrición. conmovido

ante las fotos publicadas en los diarios, le preguntó al padre

si se le ocurría cómo habían aparecido repentinamente y si

realmente se trataba de náufragos que, según sostenía el cronista,

“fueron arrastrados por bravas corrientes del río que

los había hecho naufragar junto a su barca pesquera”.

Descolocado, Alejandro contestó que “cuando los cuerpos

entran en descomposición las bacterias producen gases:

metano, dióxido de carbono…” Alex, que había escuchado

rumorear sobre personas desaparecidas, lo interpeló para

201

sacarse la duda, no porque tuviera una posición personal

sobre lo que se designaba “lucha contra la subversión”;

tampoco era una explicación científica lo que esperaba:

“papá, tu respuesta parece evasiva; esos cuerpos monstruosos

se parecen a los de los chicos de El sacrificio. ¿no te

parece raro que aparezcan de golpe y sin que nadie denunciara

que estaban perdidos en el río?”.

lo que don Alejandro evitaba recordar de su primera

época de médico, esa sombría imagen de cuerpos hinchados,

medio muertos, sin culpables aparentes, flotaba esta vez

ante él como una aventura desafiante al estilo de las de su

padre. intuía lo peor, lo que se murmuraba y despertaba

conjeturas aun en familias de tinte conservador: que los

detenidos desaparecidos eran asesinados y arrojados al río.

sospechaba del ejército de su padre y de su propio hermano.

el doctor Cachés admitiendo al fin su desconcierto así

como su recelo, juntó los labios, que no podían o no querían

pronunciar nada y encogiéndose de hombros, mostró vacías

las palmas de las manos, vacío de explicaciones.

sucedía algo inaudito para él, si bien durante un tiempo

eludió hablarlo con su hijo Alex, un silencio que no duró

mucho. Poco después de aquella conversación no se cansaba

de señalar su sospecha y su condena.

Alex, preocupado por la enfermedad cardíaca del padre,

se arrepintió de aquella conversación. intentaba disuadirlo,

no porque estuviera convencido de sus palabras, al igual que

el padre prefería eludir ciertos temas: que no fuera en contra

de su propia sangre, “defienden los emblemas nacionales”,

creía consolarlo. también su esposa trataba de calmarlo con

un “it will go away”. lo decía siempre, era maestra de inglés,

hasta que su frase preferida para decir “ya se te va a ir”

202

adquirió otra resonancia en su marido que involuntariamente

la tradujo en un siniestro “ya va a desaparecer”. un día le

dijo a ella delante de su hijo Alex: en esto no podemos andar

con frivolidades ni mirar para el costado.

Don Alejandro comenzó a desconfiar de quienes decían

defender esos emblemas. Ya no iba a misa, pero conocía

muy bien al cura de la Parroquia de la calle reconquista.

un domingo acompañó a su esposa, el párroco saludó con

desgano a una mujer y acercándose a él le confesó: “¿Qué

pretende que haga yo?, le llevaron a la hija embarazada,

¿por qué no la educó en el amor de Jesús? el bebé tendrá

un hogar cristiano ahora.” Alejandro no entendía de qué

pacto endemoniado se trataba, ni cómo le hablaba a él de

ese modo, nunca le había dado lugar al cura para algo

semejante. la iglesia no era el sitio para esa confesión

sobre el despojo de un niño de los brazos de la madre, lo

sublevaba, además, en boca del representante de Dios.

Pensó alguna vez, ya lejAna, que los guerrilleros querrían

desentenderse de sus hijos, pero cuando supo de su paciente

adelita, la hija de la señora María Adela que siempre iba a

misa, desestimó esa absurda ocurrencia, conocía muy bien

a adelita y casi a toda la familia. sabía de otros casos: su

amiga María teresa, compañera del colegio primario de

su hermAna menor, seguía sin tener noticias de su hijo

secuestrado poco antes del golpe militar que derrocó al

gobierno peronista. a los pocos días del golpe, cuando ya

gobernaba la Junta Militar, María teresa le dijo en privado:

“nosotros somos hijos de militares, ahora que sacamos a

estos negros de mierda, mi hijo va a aparecer.”

Alex Cachés se sorprendió al tiempo, cuando vio la

foto de María teresa, la amiga de sus padres, portando una

203

pancarta con la foto de su hijo, mientras arengaba contra el

gobierno militar, en el diario Buenos aires Herald, que

durante la dictadura publicaba entre sus notas lo relativo a

las marchas de Madres de Plaza de Mayo.

Ya en su casa Alejandro no aguantó más: “son secuestros

no enfrentamientos ¿“cómo van a justificar que derrocaron

a la presidenta para combatir la corrupción? son

unos corruptos, son unos asesinos, una vez más me han

traicionado”. Alex, en un intento de consolarlo, argumentaba

que no podía ser cierto lo de los niños arrancados a

sus madres y que después de todo no era asunto de ellos.

uno de esos días, indignado luego de leer en el diario

notas que ocultaban lo que sucedía, el doctor Alejandro

Cachés siguió protestando sin parar, no almorzó y nunca

más se levantó de la siesta.

…

Alex se recibió de abogado y luego de su ascenso en el

Poder Judicial, se presentó a concursos y dio buenos exámenes

obteniendo el cargo de Defensor oficial. en un

congreso conoció a su futura esposa Anita, flamante abogada

de la provincia de corrientes, donde fueron a vivir.

antes del viaje a su nueva vida, se compró un auto pequeño

pero importado como él soñaba marca Honda, azul metalizado,

brillante. en lo íntimo, el mensaje final del padre se

colaba en los destellos del azul metalizado: “Hijo, ¿no te

parece una frivolidad?”.

a la vuelta de la democracia, el juicio a su tío el General

le parecía un acto apátrida. conjeturaba que él no era culpable

de los excesos de sus subordinados y que como en

204

cualquier guerra, hubo efectos colaterales, creía convencerse

eludiendo escuchar o hablar del tema.

al principio se mantuvo alejado de lo que no dejaba de

suceder alrededor de su apellido. escuchaba a sus defendidos,

ladrones y estafadores de poca monta; se comprometía

y llegaba a conmoverse si era el caso. creía tener en

claro quién era bueno y quién era malo, lo que colaboraba

a adaptarse a su nueva vida.

Por fuera de su trabajo, elegía ir al río, o al campo de

sus suegros en Santa Anaa donde los problemas se diluían

entre los percherones que criaban, el limonero de la galería

de la casona, y si había subido el agua de la laguna. no se

hablaba de lo pasado, no se hablaba de los militares, no se

hablaba de su tío.

Poco antes de la navidad de 2002, días después de que

cumpliera cuarenta y cinco años, su esposa le anunció que

los visitaría Sella, su prima mayor residente en Milán, quien

se hospedaría en el campo de Santa Anaa, donde toda la familia

esperaría el año nuevo. le reveló que Stella había estado

detenida en 1977 antes de su exilio en europa. Alex no supo

qué debía hacer con ese anuncio y trató de no darle trascendencia.

Para esos días Anita ya había advertido que el mayor

de sus hijos, de sólo diez años, tenía unos kilos de más.

Stella que se había especializado en restauración de edificios

antiguos, gozaba del respeto y admiración de Alex

“por lo culta”, según había dicho él con lo poco que la

conocía, pero lo que más valoraba era su prosapia. Más

tarde llegó a reírse de sí mismo: “una de mis pacatas tonterías”,

llegó a decirle a Stella.

en esos días Stella y el matrimonio solían pasear entre

los quebrachos blancos que se perdían campo adentro de

205

Santa Anaa. se olía el perfume inconfundible de la flor del

quebracho, el cielo viraba al violeta como cuando el sol se

pierde por ahí. una de esas tardes la atmósfera se sintió

menos caliente, menos húmeda, menos enojada, se esparció

una brisa alentadora poco común en el diciembre de

corrientes. se animaban las ramas, pero no por la brisa: eran

calandrias, que en grupo, bajan de los árboles a los arbustos

agitando las copas a la hora del descanso. “cuando se mueven

tanto anuncian cambio de tiempo” dijo Alex de pronto. inspiró

hondo el aroma que diseminaban las flores de quebracho

blanco. Parecía él quien estaba inspirado; creyendo que Stella

habría dejado atrás el motivo de su exilio, se largó a conjeturar

sobre su vida en el viejo mundo y lo bien posicionada que

se encontraría laboralmente como restauradora; ella asintió

con discreción. la charla continuó:

–creo que tu trabajo es una manera de reparar lo que te

pasó en la cárcel, afirmó él.

–no lo creo y además, ¡por favor! un campo de concentración

no es jamás una cárcel.

–no claro, pero tal vez te fortaleció, te dejó alguna enseñanza.

–Alex comenzó a dudar de sus afirmaciones, un

rubor lo invadió.

–no Alex, no es una universidad, –respondió a punto

de enojarse–, allí no se aprende nada, nada te fortalece.

–Disculpas entonces si mi pregunta te moviliza, tal vez

sea mejor olvidar –agregó con ánimo de concluir.

–no te sientas culpable, –su voz se quebró. los recuerdos

no se borran, cuando parece que olvido un poquito, me

acosan las pesadillas.

“¿Por qué dije algo tan bAnal?”, pensó Alex con remordimiento.

206

cierto día de paseo por el corredor de los quebrachos,

Stella hizo mención a la gordura del hijo del matrimonio.

su barriga rozaba el dorso del caballo al bajarse del animal.

a veces es el cuerpo el que devela secretos. Alex dijo

no haber reparado en eso, en realidad lo venía observando,

sólo que lo negaba; no soportaba la desmesura, a la vez

que rehuía el recuerdo inevitable de otros cuerpos voluminosos

que se reunían como en un prisma que reflejaba

exceso, carencia y muerte.

Desconocía hasta qué punto se trataba de sus impresiones

o resonancias de aquello ocultado por su padre, como una

sombra infinita que ensanchaba la inmaterialidad del pensamiento

propio.

a diario, Alex pasaba por el kiosco a tomar algo frío,

camino al colegio de la Misericordia cuando iba a buscar a

sus hijos. una tarde el señor que atiende tal vez aún hoy,

le avisó sin introducción que su hijo mayor le robaba chocolates

que venían junto a un juguete escondido en un

envoltorio de celofán. Alex no podía creerlo y esa misma

noche habló con el hijo que temblaba de miedo y se ponía

cada vez más colorado. lo único que calmó el susto del

niño fue un solo pensamiento: no todos los que roban van

a la cárcel, y para defenderse alegó “¿acaso tu tío no robaba?

Me lo dijeron en el recreo, le preguntamos al maestro y

nos dijo que sí. el ejército se quedaba con los hijos de los

guerrilleros y los regalaba a sus amigos.” Alex se defendió,

sabía de qué le hablaba. nunca pensó que su historia llegaría

hasta su propio hijo.

como el niño enfermó y faltó a clase, el colegio citó a

los padres. el maestro de historia se mostró preocupado

porque en los recreos, el alumno comía en lugar de jugar.

207

comentó al pasar que repartía juguetitos Jack entre sus

compañeros.

con cierto misterio, abría las panzas de los chocolates

robados para regalar la sorpresa escondida en el interior.

el niño jugaba a que su apellido no era Cachés, se hacía

nombrar con el apellido materno. los maestros estaban

confundidos, ya no sabían cómo llamarlo.

varios días se vio a Alex conmovido, permanecía mucho

tiempo en silencio o su voz se escuchaba cargada de monotonía.

a veces ni desayunaba; no había pensado jamás en

esa desventura como consecuencia de su propia historia.

un domingo antes de la navidad, mientras los niños

dormían, Ana le pidió a Alex que se sentara a la mesa del

desayuno junto a ella y a Stella.

el aceptó, necesitaba ese acercamiento mucho más que

el desayuno. Stella vio sus ojos bordeados de rojo. se le

cruzó que no sería sólo por cansancio, le preguntó por su

ánimo.

–Ya ves, tengo poca voluntad. Demoro en dormir y

sueño con mi viejo, él sabía lo que pasaba, se lo veía muy

enojado pero no llegó a hablar con su hermano.

Alex confiaba en la expresión precisa, sincera de Stella,

le gustaba que ella no diera vueltas para decir las cosas. Él

le preguntó por sus pesadillas.

–algunas veces, cuando el guardia traía la comida tenía

que obedecer para no quedarme sin comer; entre las compañeras

teníamos pactado guardar pan para la que no había

tranzado con él ese día. se me tiraba encima, “si querés

comer, ya sabés”, y comenzaba a masturbarse: “así, tocámela,

así guacha, putita”. la imagen de su rostro me invade cuando

duermo, a veces sus palabras tienen otra cara y siento entonces

208

que se multiplican en otros hombres, en otros guardias, que

no terminan.

…

al poco tiempo, alentado por Ana y también por Stella

que ya se despedía, Alex se propuso correr su propio velo.

Había comprobado que sus palabras de consuelo no habían

resultado con su padre ni con Stella. era hora de que sus

actos acompañaran lo que había aceptado dejar al descubierto.

Dio un paso insospechado, comenzó a hablar con sus

colegas que le confiaron lo que amigos y parientes vivieron

durante la dictadura. comprobó que lo subversivo, lo guerrillero

era más cercano de lo que él había pensado. algunos

defensores oficiales no hablaban porque simpatizaban con

la dictadura, pero otros habían evitado tocar el tema con él

en virtud de su apellido, el de un general.

a partir del 2003, era innegable para los familiares de

represores la intención de la sociedad y del estado de enjuiciar

a los responsables de tanta muerte. Fue en agosto de

ese año que se declaró en el congreso de la nación como

“insAnablemente nulas” las leyes de obediencia debida y

Punto Final, dejándolas sin efecto, abriendo la posibilidad

de continuar con las investigaciones penales que estaban

paralizadas. Alex se enteró por el diario que su tío Jorge

sería citado a declarar. sintió alivio, era la Justicia la que

tenía que juzgar, no él.

tío Jorge se tenía confianza, aún conservaba contactos

influyentes, según le contó personalmente al sobrino

Defensor oficial.

como era costumbre, al año siguiente su familia paterna

organizó la reunión de Pascua en Buenos aires. Ana y los

209

hijos del matrimonio se quedaron en corrientes para celebrar

con los padres de ella. Alex viajaría aprovechando que tenía

cosas que resolver en Buenos aires.

la reunión familiar fue en un restaurante de Béccar.

Mientras cenaban, Dolores, una sobrina de Jorge lanzó un

pedido para que los amigos y familiares firmaran una carta

en salvaguarda del honor de los patriotas como el tío.

incómodo, Alex jugaba con miguitas de pan sobre el

mantel blanco, un mozo le preguntó si no comería, había

dejado los langostinos y la ensalada de palta, mientras otros

comenzaban a comer el segundo plato, pavo al Ananá.

–¿cómo estás Alex, cómo están los chicos? Qué lástima

que no vino Anita este año –lo sorprendió Dolores que se

acercó inesperadamente.

–Bien. con poco apetito, debe ser el viaje desde

corrientes. –respondió él.

–¿Ya firmaste? Debés estar muy agradecido con el tío

por haberte conseguido tu trabajo.

–Ya le agradecí, fue hace muchos años en una cena de

Pascua. no se puede vivir agradecido.

ella notó su parquedad.

–¿te sentís bien?

–Ya te dije Dolo, no tengo hambre.

–estás muy serio. tal vez es tu trabajo lo que te pone

tenso, –él vio la oportunidad de poner el tema sobre la

mesa.

–Puede ser, algunos casos que llegan al defensor oficial

son los que nadie quiere tomar en su buffet.

–¿no me digas, de qué se tratan?

Dolores Cachés sabía a qué se refería Alex.

–los crímenes en corrientes durante la dictadura.

210

el mozo avanzaba entre las mesas con la bandeja cargada.

Alex pensó para sí: ahí viene el pavo.

–¿Defendés subversivos? –saltó otro primo.

–sí. a los que trabajaban para el tío Jorge.

Dolores se mostró confundida pero no lo estaba, y decidió

prestar atención a los parientes que discutían pormenores

sobre la firma de la carta.

algunos que escucharon la conversación, se mostraron

interesados en los dichos de Alex. contó lo que sabía por sus

propios colegas, por su prima política Stella y también lo de

su hijo avergonzado. en uno de los extremos de la larga mesa

se produjo un ruidoso silencio, nadie levantaba un solo cubierto,

con disgusto la mayoría de sus primos y dos de sus cuatros

hermanos comenzaron a desconfiar como si él fuera Judas.

en la otra punta lo escucharon y hablaron en secreto de vergüenzas

parecidas. no faltó quienes dijeron no haber escuchado

nada. en cuanto a la carta redentora pensó que después

de todo a él nadie lo obligaba. se le cruzó: ¿Quién es Judas

iscariote en esta Pascua? como su padre que se sentía traicionado,

Alex se indignó ante la hipocresía de su prima

Dolores, intuía que otros parientes también hacían como que

no sabían nada y no se atrevían a afrontar sus convicciones

ante él luego de saludarlo como si nada pasara. Hubieran

querido que se quede en corrientes y no verlo más.

luego de varias Pascuas, los juicios avanzaron en la provincia

de corrientes. supo que al menos cincos imputados

por delitos que se cometieron en el ex regimiento 9 de

corrientes y en el cuartel de santa catalina entre 1976 y

1977, pidieron ser defendidos por Alex Cachés, el Defensor

oficial con apellido de General de la nación. no tenía paz.

211

en cada cena de Pascua se siguió hablando de la carta

redentora, no dejaba de sorprender a algunos que el extremo

firmante de la mesa se hubiera reducido. lo cierto es que

la carta nunca se vio públicamente.

Alex no pudo negarse a ejercer la defensa de tres acusados,

era su función. tomó testimonios a los afectados y

escribía sin parar.

Mantuvo tensas reuniones con ellos mientras cumplían

prisión preventiva en su casa, hasta tanto tuvieran firme condena.

Pero Alex comenzó de nuevo con irritación en los ojos,

dolores de cabeza y mareos, esta vez no era sólo el ánimo el

motivo de su malestar. le era imperioso sacarse los lentes de

contacto a cada rato, podía parecer una cuestión menor lo

que en realidad es muy incómodo. su clínico lo estudió a

fondo y le sugirió que consultara al oftalmólogo quien finalmente,

diagnosticó astenopia, nombre científico del cansancio

visual, a causa del exceso de lectura o tareas visuales tediosas.

le aconsejó que se excusara y no tomara más casos.

uno de los imputados fue condenado a prisión perpetua.

Había integrado el grupo de tareas que operó en el regimiento

de infantería n° 9 de corrientes y funcionó como centro

clandestino de detención y tortura durante la dictadura. Alex

cumplió con su deber de defender pero las pruebas eran irrefutables.

la hija del oficial condenado le imputó:

–no se preocupó por darle a mi padre una defensa eficaz.

–en el expediente de su padre llegan a setenta y cuatro

las órdenes de secuestro y ejecución. es el volumen de

cuerpos más grande que tuve como Defensor –argumentó

Alex Cachés.

–Por su culpa mi padre irá a la cárcel.

–no señora. no justamente por eso.

212

…

nuevos casos le fueron asignados al Defensor Alex

Cachés durante ese año, al menos tres eran integrantes del

mismo grupo de tareas.

el proceso de la Defensa era para él la mejor garantía

de legitimidad del juicio, sin embargo cuando los familiares

de sus defendidos lo acusaban de no haber hecho bien las

cosas, sentía el reproche como si viniese de su propia familia,

de su prima hacedora de cartas de apoyo. Pensó que en

lugar de ejercer la profesión, se encontraba haciendo su

autodefensa ante su parentela.

tomó la decisión y redactó su propia carta dirigida a

las autoridades del Poder Judicial.

*“Solicito se me excuse de entender en la defensa de*

*nuevas causas. Motiva mi pedido el encontrarme padeciendo*

*síntomas oculares en curso (adjunto certificado médico por*

*astenopia) provocados por la demanda de atención de las*

*mismas, su complejidad y atención personalizada de cada*

*defendido, que requiere ser atendido en extensas entrevistas,*

*con la consecuente violencia moral que todo ello trae aparejado.*

*Ruego se dé curso a mi solicitud a fin de evitar se*

*vea comprometida mi salud psíquica y física y por no verme*

*posibilitado de ejercer una defensa técnica eficaz, sumado a*

*lo escrito supra y obrante en nuestros archivos: La voluminosidad*

*de cuerpos.*

*Saludo con mi mayor consideración.”*

213